

EDIZIONI PAVESI DEL SEICENTO. IL PRIMO TRENTENNIO, a cura di Elisa Grignani e Carla Mazzoleni, presentazione di Luigi Balsamo. Milano, Cisalpino, 2000, XV-573 pp.

(Por Giuseppe Mazzocchi, Universidad de Ferrara)

[Reseña]

La realidad tipográfica italiana del siglo XVII ha sido objeto de estudio serio solo desde hace unas décadas. Este fenómeno se explica, en primer lugar, por razones ideológicas: el siglo del Barroco se ha considerado en Italia, desde la Ilustración y hasta Benedetto Croce, pasando por los críticos que se formaron en la época de la Independencia italiana, como fase de decadencia cultural profunda que procedí-a en paralelo a la crisis política; y dicha apreciación negativa de toda una época repercutí-a también en el enjuiciamiento de la actividad tipográfica correspondiente. En segundo lugar, hay que tener en cuenta también el prestigio de la tipografía nacional de los siglos XV y XVI, que pudo obscurecer durante demasiado tiempo el valor de la producción del XVII. Es llamativo que el término seicentina (“libro impreso en el siglo XVII”: el vocablo se construyó³ por analogí-a con cinquecentina, “libro impreso en el siglo XVI”) sea de empleo relativamente reciente. Mucho más corriente fue un término tan despectivo como salacchino (literalmente “pequeño arenque ahumado”), que hací-a referencia al aspecto exterior dominante en la producción editorial de la época. Los tiempos, por suerte, han cambiado, y los especialistas italianos de la historia del libro vienen dedicando sus desvelos desde hace años a la reconstrucción de la tipografía de la época barroca, organizando sus pesquisas bien por centros, bien por impresores.

El trabajo de Elisa Grignani y Carla Mazzoleni, en el cual colaboraron también Oriana Montagna y Luisa Erba, nos ilustra sobre la industria del libro en una ciudad peculiar como Pavía: sede universitaria y episcopal, por un lado, pero por otro, también, centro relativamente pequeño, en cierta medida ahogado por su misma proximidad a Milán, la capital del Ducado, la sede del Gobernador español y el centro propulsor de la actividad religiosa, social y cultural de toda la iglesia lombarda. Si para el siglo XVI la articulada monografía de Anna Giulia Cavagna (*Libri e tipografia a Pavia nel Cinquecento*, Milano, Istituto Editoriale Cisalpino-La Goliardica, 1981) nos ofreció en su día un cuadro completo hasta 1599, para el siglo siguiente estábamos todavía al nivel de la erudición local decimonónica, hechas muy pocas salvedades (entre éstas, unos densos estudios de la misma A. Giulia Cavagna y de Elisa Grignani).

El estudio recién editado ofrece el catálogo de todo lo publicado hasta 1630. El corte cronológico se justifica a la luz de los datos disponibles: después de la crisis de finales de la tercera década del siglo se reduce de forma impresionante el número de las ediciones conocidas: unas 40 por década respecto a las 342 de la fase 1600-1630; el incremento que se nota después de 1670 coincide con los nuevos fermentos de la sociedad lombarda.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VII, 25 (abril-junio, 2001)

Más allá de la clasificación científica del material, se nos ofrecen todas las claves necesarias para comprenderlo. Se individualizan, en primer lugar, las figuras de los impresores (destacan Pietro Bartoli y Giovanni Battista Rossi, activos hasta 1624 el primero, y desde 1617 el segundo), y también los estímulos que la edición encuentra en la ciudad: la Universidad, la Iglesia, los españoles que durante temporadas más o menos largas viven en Pavía, y que, de una forma u otra, procuran ver su nombre impreso (son especialmente interesantes al respecto las notas de Carla Mazzoleni recogidas bajo el epígrafe «Ancora un'idea di Spagna», en las pp. 22-40). La calidad técnica de los libros, pese a los prejuicios aludidos, es aceptable, cuando no francamente buena. El estudio de las ilustraciones (viñetas, tablas, letras capitales) revela el cuidado con el que se procedía a la ornamentación del libro; hay abundantes muestras reproducidas a lo largo del volumen, y unas «Tavole iconografiche», de ahora en adelante imprescindibles, que se deben a Luisa Erba y Oriana Montagna, y ocupan las pp. 353-535. Sobresalen dos fenómenos: el conocido caso de préstamo de matrices entre tipógrafos, y, hecho muy curioso, el parecido asombroso entre el decorado del libro y los decorados arquitectónicos barrocos de la ciudad (reja del Colegio Mayor Borromeo, estucados de la iglesia de San Lucas). Sin llegar a la modestia de Luisa Erba, quien descubre este fenómeno limitándose a declarar que “la verifica che viene proposta non ha ovviamente la pretesa di individuare dei rapporti di rigorosa dipendenza [...], ma piuttosto mettere a fuoco una sostanziale coerenza di gusto, e forse reciproche suggestioni, all'interno delle diverse branche delle arti figurative” (p. 118), cabe preguntarse sobre las posibles coincidencias de los repertorios de dibujos utilizados por artistas e impresores.

Un resumen tan escueto no sirve para matizar todo el valor del libro, que se convertirá en un instrumento de trabajo para quienes se ocupan de la historia de la Lombardía española en sus múltiples facetas. Solo me importa señalar dos aspectos. Por un lado, el cuidado que las autoras dedican a la identificación de estados y emisiones, dos tipologías muy corrientes en el libro barroco y su comercialización. La deficiente estética de portadas postizas, banderillas, y en general de un ensamblaje apresurado de material anteriormente editado, no tiene que perjudicar, creo, la apreciación de una industria editorial que admite en su caso las “chapuzas”, sin embargo demostrando siempre, incluso de este modo, una gran vitalidad. Otro aspecto importante es la indicación, en el catálogo, de las notas manuscritas de posesión que muchos ejemplares conservan. Se nos ofrece así una tesela importante para la reconstrucción de las bibliotecas de Pavía durante el antiguo Régimen; en buena medida, éstas fueron formando el fondo de la actual Biblioteca Universitaria de la ciudad (que comenzó a funcionar en los años setenta del siglo XVIII); sobresalen las instituciones jesuíticas y barnabíticas de Pavía y Milán, y mucho le debemos, a nivel de conservación local del material, al coleccionismo particular de los siglos XVIII y XIX.

En este aspecto, por otra parte, tengo que evidenciar mi única discrepancia importante con el admirable trabajo realizado. La búsqueda de ejemplares de ediciones conocidas o registradas por las fuentes se ha limitado normalmente a las bibliotecas de la ciudad, y se ha acudido a otras (las de Milán, la mal conocida pero interesantísima Agnesiana de Vercelli, etc.) solo para detectar ejemplares de ediciones que no figuran en bibliotecas pavianas. Es de esperar que una futura investigación, extendida a los más importantes

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VII, 25 (abril-junio, 2001)

depósitos bibliográfico italianos y europeos, que tenga como base lo bueno y mucho que ahora está hecho, nos descubra la existencia de unas ediciones desconocidas, y sobre todo de muchos ejemplares de los que ya entran en el censo: el cuadro que ahora por primera vez tenemos no va a cambiar de forma espectacular (los libros de Pavía del XVII no fueron, según parece, de los más viajeros), sin embargo, sí posible hacer útiles precisiones. Pero hay otra labor, más amplia, que las autoras nos deben, y que solo ellas pueden realizar: es decir, un segundo tomo del catálogo que nos acompañe hasta las postrimerías del siglo. De esta forma nuestra gratitud de amantes del libro antiguo y de apasionados por la Lombardía española será, si cabe, aún mayor.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, VII, 25 (abril-junio, 2001)